

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

PENSAR que, en esta vida, las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece, que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. Á la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin, ligera mas que el tiempo, sin esperar renovarse sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque, esto de entender la ligereza é inestabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos, sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí, nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual, estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño, á despecho y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la insula se hundía. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, pero, añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó mas confuso y lleno de temor y espanto; y, levantándose en pié, se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores mas de veinte personas, con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: "¡Arma,

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

PENSAR que, en esta vida, las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece, que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. Á la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin, ligera mas que el tiempo, sin esperar renovarse sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque, esto de entender la ligereza é inestabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos, sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí, nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual, estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño, á despecho y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la insula se hundía. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, pero, añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó mas confuso y lleno de temor y espanto; y, levantándose en pié, se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores mas de veinte personas, con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: "¡Arma,

arma, señor gobernador! ¡arma, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!" Con este ruido, furia y alboroto, llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oía y veía; y, cuando llegaron á él, uno le dijo: "Ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse, y que toda esta ínsula se pierda.—¡Qué me tengo de armar, respondió Sancho, ni qué sé yo de armas ni de socorros! Estas cosas, mejor será dejarlas para mi amo Don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fui á Dios, no se me entiende nada destas priesas.—¡Ah, señor gobernador! dijo otro; ¿qué relente es ese? ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guía y nuestro capitán, pues de derecho le toca el serlo siendo nuestro gobernador.—Ármenme norabuena," replicó Sancho; y al momento le trujeron dos paveses, que venían proveídos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás; y, por unas concavidades que traían hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pié. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase á todos; que, siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrían buen fin sus negocios. "¿Cómo tengo de caminar, ¡desventurado yo! respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es, llevarme en brazos, y ponerme, atravesado ó en pié, en algun postigo, que yo le guardaré, ó con esta lanza ó con mi cuerpo.—¡Ande, señor gobernador, dijo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el paso! acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga." Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al través en la arena; y, no por verle caído aquella gente burladora, le tuvieron compasión alguna; antes, apagando las antorchas, tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el ¡arma! con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que, si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador; el cual, en aquella estrechez recogida, sudaba y trasudaba, y de todo corazón se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos, y á grandes voces decía: "¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan mas los enemigos! ¡aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se

